

**“¿A cómo vale el ardor / que traéis en vuestra silla?:”  
Otreddades no-cristianas, sodomía y propaganda en la corte de Enrique IV de Castilla**

Julio González-Ruiz  
(Spelman College)

Enrique IV de Castilla, conocido con el sobrenombre de “el impotente,” es sin duda uno de los monarcas más controvertidos de la historia de España. Durante su reinado (1454-1474) se hizo rodear de conversos a los que entregó títulos nobiliarios y en quienes depositó su confianza, a la vez que contaba con una guardia personal integrada por moriscos que causó gran escándalo dentro y fuera de las fronteras españolas. Su islamofilia —patente asimismo en sus costumbres e indumentaria musulmanas—, especialmente considerando que Castilla estaba en guerra con el reino árabe de Granada, suscitó las críticas de varios sectores de la población castellana y fue denunciada abiertamente por los cronistas y escritores de la época. El propósito de este trabajo es poner de manifiesto la intención propagandística antimonárquica de documentos historiográficos y literarios compuestos en base a un ataque religioso, racial y sexual. El objetivo no es otro que causar la destrucción moral y la caída del rey castellano mientras se facilita la transición al reinado de Isabel la Católica y a una nueva concepción de España en la que no habrá cabida para el Otro-no cristiano.

Este trabajo se estructura en torno a dos ejes temáticos principales: la decisión del rey de rodearse de favoritos de origen converso desplazando a la rancia nobleza castellana; y su maurofilia, o gusto por lo árabe, en el contexto de la última etapa de la reconquista cristiana de la península. En el primer caso, la inversión del orden social mediante la cual Enrique IV sustituía a nobles castellanos por consejeros conversos se asociaba a una sexualidad invertida, ya sea mediante la acusación de sodomía o en referencia a su impotencia o incapacidad para dar herederos a la Corona castellana. Y en el segundo, los críticos del monarca orquestraron una campaña propagandística basada en el contraste entre la maurofilia del rey y el tradicionalismo religioso de quien se convertiría en Isabel la Católica, su hermanastra y sucesora en el trono.

Entre las obras literarias que sirvieron para denostar la figura de Enrique IV, descritas por Dwayne E. Carpenter como “literatura pendenciera” (14), destacan las *Crónicas* de Alfonso de Palencia, las *Coplas de Mingo Revulgo* (1464) de Fray Iñigo de Mendoza, y las *Coplas del Provincial* (1465-1466), atribuidas a Juan Hurtado de Mendoza. En estos mismos años se publica un texto menos conocido titulado el *Alborayque* (circa 1465), panfleto anónimo contra judaizantes y falsos conversos en la Corona de Castilla. Aunque de menor calado por su extensión y por su difusión, este breve texto recoge a la perfección las ansiedades de la nobleza castellana hacia los conversos, “persuadida [de] que esta quinta columna contaminaba con su actitud apóstata, o cuanto menos irreverente, todo el tejido social cristiano” y amenazaba con “subvertir el orden establecido” (62). El alborayque representaba “la imagen de una quimera,” animal híbrido y monstruoso que el texto propagandístico identifica con el falso converso. Este monstruo primordial de la mitología griega simbolizaba, tal y como lo manifiesta el texto medieval, “cuantos males y defectos achacaba el vulgo a los falsos conversos de moros y judíos (cristianos en apariencia, sodomitas, hipócritas, indignos detentadores de honores y cargos laicos o eclesiásticos, acaparadores de rentas, etc.)” (62).

Las *Coplas de Mingo Revulgo* y las *Coplas del Provincial* comparten abiertamente esta misma intención panfletaria en contra del rey Enrique IV y su cohorte de favoritos y consejeros, basándose en las mismas acusaciones denunciadas por el *Alborayque*: una sexualidad irregular,

*contra naturam*, directamente asociada con el hecho de ser un falso converso judío o morisco (y, por extensión, el oprobio sobre cualquier cargo civil o religioso detentado por el converso). En su libro sobre *Los judíos en España*, Joseph Pérez se refiere a los prejuicios y fobias contra los hebreos en la España de la segunda mitad del S. XV, cuyo estereotipo más generalizado era su “[inclinación] a toda clase de vicios, entre ellos la sodomía” (158).

Si bien no sorprende que el *Alborayque* sentencie textualmente que “la sodomía es venida de los judíos” (94), esta práctica no era, sin embargo, exclusiva de los “marranos,” pues se achaca asimismo al otro grupo no cristiano en la España medieval, los musulmanes. Como apunta Rachel Arié, “la sodomía fue práctica corriente en la España musulmana [entre los siglos VIII y XV]” (327), y está documentada prolijamente, según consta en la amplia referencia bibliográfica que sobre la sodomía en el Islam medieval español ofrece Daniel Eisenberg en su artículo “El buen amor heterosexual de Juan Ruiz” (264). Si se tiene en cuenta que en la España medieval había una estigmatización sexual de judíos y musulmanes que conectaba directamente con lo religioso, no será difícil comprender la animadversión que despertó Enrique IV entre los diferentes estamentos al rodearse de una corte de favoritos y consejeros, así como de criados y guardia personal, compuesta en su mayoría por conversos judíos y musulmanes de baja extracción social. Con esto, el rey estaba “invirtiendo” escandalosamente el orden en una sociedad donde el lugar de cada quien con respecto a su clase o jerarquía, raza y religión, debía estar perfectamente definido. Como explica Cristian Berco, la inversión social se asocia con frecuencia a la sexualidad invertida o irregular: “The world of homosexual desire subverted social order because its internal dynamics inherently carried the potential for the breakdown of public hierarchies through the constant possibility of sexual misalliance” (74).

Es significativo que tanto las *Coplas de Mingo Revulgo* como las *Crónicas del Provincial* se dirijan con saña contra Enrique IV, pintando un retrato del monarca con su séquito de consejeros y favoritos que servía para propagar la infamia real. Ya en los primeros versos de las *Coplas de Mingo Revulgo* se alude al rey presentándolo metafóricamente como “pastor” que no se cuida de “los ganados [...] que] andan por los cerros, / perdidos, descarriados!” (vv. 28-31; 222). Un monarca, que lejos de liderar su pueblo, “ándase tras los zagales / [...] todo el día embebecido, / holgazando sin sentido” (vv. 23-26; 222) y “ha dejado las ovejas / por folgar tras cada seto” (vv. 35-36; 222). Llama la atención la abierta denuncia a las prácticas nefandas del rey en estos versos, ya que para este momento la masculinidad del rey era más que cuestionada por todos. El mismo Enrique IV admitió ante el Papa su incapacidad para consumar el matrimonio en los trece años de nupcias con Blanca de Navarra, lo que le valió el sobrenombre de “el Impotente,” y la consecuente anulación del enlace real por parte del pontífice.

Dos años más tarde, en 1455, el rey castellano se casa con su prima Juana de Portugal, matrimonio del que siete años después nacerá una hija y heredera a la corona castellana. Lo acontecido en el primer matrimonio y los rumores acerca de las relaciones nefandas de Enrique con sus favoritos —muchos de ellos nobles de baja extracción, desconocidos para la corte y encumbrados por el mismo rey— abonó el desprestigio de la figura real. Entre éstos, el caso más sobresaliente fue sin duda el de Beltrán de la Cueva, valido del rey, que según *vox populi* compartía sábanas con el rey y la reina, y a quien se le atribuyó la paternidad de la princesa Juana, heredera del trono y apodada “la Beltraneja.” No es casual, pues, que tanto las *Coplas de Mingo Revulgo* como las *del Provincial* exploten este tema en aras del desprestigio real.

En las *Coplas de Mingo Revulgo* se alude a Enrique IV en la figura del pastor Candaulo,<sup>1</sup> nombre del último rey de Lidia e iniciador de la práctica sexual del voyeurismo cuando mostró a su esposa desnuda para goce de Gíges, su primer ministro. El rey Enrique también habría ofrecido la reina a su hombre de confianza, Beltrán de la Cueva, probablemente con la intención de que ésta quedase encinta y asegurar así un heredero al trono castellano. Por su parte, las *Coplas del Provincial* constituyen una sátira anónima brutal de la corte castellana, representada por un convento visitado por el provincial de una orden religiosa. Se arremete directa y personalmente contra la degradación de los nobles y el mismo rey, en un catálogo que expone (con nombres y apellidos, títulos nobiliarios incluidos) los vicios de una corte profundamente corrupta. De hecho, tuvieron tanta fama y “estuvieron tan acreditadas estas *Coplas del Provincial* que [...] en muchas casas se recataron de mezclarse con aquellas que se hallaban ofendidas” en el poema (*Poesía crítica* 234). Las *Coplas del Provincial* comienzan con una apelación al rey en un esquema de diálogo con pregunta y respuesta, que de inmediato incide en las prácticas nefandas del soberano con su valido, un recién llegado en el que se ceba a renglón seguido el poema acusándolo de ser falso converso, de medrar rápidamente en la corte castellana, de sodomizar al rey y de acostarse con la reina:

Ah, fray capellán mayor,  
 Don Enrique de Castilla,  
 ¿a cómo vale el ardor  
 que traéis en vuestra silla?:  
 “A fray Enrique Cañete  
 y Gonzalo de Luzón;<sup>2</sup>  
 a fray duque de Alburquerque, [Beltrán de la Cueva]  
 que es el mayor garañón.” (vv. 9-16; 237)

Las *Coplas del Provincial* asocian desde el inicio al Otro no-cristiano con el pecado nefando, el adulterio y, en definitiva, con la bestialidad de su lujuria. Mediante esta asociación entre sexualidad irregular y la inversión del orden social por la cual el converso ocupa el puesto cortesano que le correspondería al noble castellano, se ataca asimismo la masculinidad real y, por ende, la legitimidad de Enrique IV como monarca cristiano. Más aún, con una paternidad cuestionada y una homosexualidad sugerida cuando no afirmada, Enrique IV no puede continuar su linaje convirtiendo a su hija, la infanta Juana, en futura heredera del trono castellano. Esto es para sus críticos una de las consecuencias del atrevimiento del monarca castellano por invertir el

<sup>1</sup> La historia del rey Candaulo se conoce en varias versiones. La más famosa es la difundida por el historiador Heródoto de Halicarnaso pero existen muchas otras reelaboraciones de la historia, desde la que hace Platón en su *República*, pasando por las de Plutarco o Cicerón, la versión renacentista de Bocaccio, la teatral de André Gide, o las múltiples referencias que se encuentran a lo largo del *Elogio de la madrastra*, de Mario Vargas Llosa.

<sup>2</sup> En su libro *Enrique IV de Castilla: Rey de Navarra, Príncipe de Cataluña*, publicado en 2003, José Luis Martín cita los primeros versos de las *Coplas del Provincial* pero en lugar de Enrique Cañete y Gonzalo de Luzón, refiere a “fray Herrera y Cabrera/ y Gonzalo de León” (vv. 13-14). Esta diferencia me parece significativa porque en mis investigaciones al respecto de la corte castellana de Enrique IV no he encontrado, por ejemplo, ninguna referencia a Gonzalo de Luzón, pero sí a Gonzalo de León como favorito del monarca castellano y uno de los tres donceles que dormía en la cámara real. Asimismo, en su estudio de 1991 sobre la corte de Enrique IV, Miguel Ángel Ladero Quesada se refiere precisamente al lugar de privilegio que ostentaban los camareros reales: “En un plano de inferior calidad e importancia que el De la Cueva pero en idéntica confianza regia vivían en la cámara de Enrique IV, Gonzalo de León, Andrés Cabrera y Alfonso de Herrera o Ferrán, llamados en las cuentas *donceles* o *criados* del rey, denominaciones por demás imprecisas pero que no ocultan su privanza” (262).

orden social sin respetar el lugar que corresponde por derecho propio a los nobles cristianos. En palabras de Barbara Weissberger, “Enrique displays a [...] deplored indifference to class and race hierarchy, demonstrated by his choice of advisers” (1999, 296), y según sus detractores esa indiferencia debía castigarse de forma proporcional a la ofensa.

Otro ejemplo de la temeridad de Enrique IV fue el encumbramiento del Condestable y consejero real, Miguel Lucas de Iranzo, a quien las *Coplas del Provincial* tachan de “judío” y “villano probado” (vv. 17-20, 238), y de quien Michael Gerli subraya su origen converso y los presuntos favores sexuales prestados al rey en conexión con su rápido ascenso en la corte. Gerli describe a Lucas de Iranzo como “a courtier of humble *converso* origins [and] astute politician who was rumored to be Enrique IV’s homosexual lover, [and] rose to the rank of *condestable*” (430). O el del Contador Mayor del Reino, Diego Arias Dávila, otro nuevo nombramiento añadido por el rey a su íntimo grupo de consejeros, y personaje al que las *Coplas del Provincial* retratan explícita y literalmente como “puto” y “judío” en un nuevo alarde de sarcasmo:

A ti, fray Diego de Arias, puto  
 que eres y fuiste judío,  
 contigo no me disputo,  
 que tienes gran señorío;  
 águila, castillo y cruz  
 dime de dónde te viene,  
 pues que tu pija capuz  
 nunca la tuvo ni tiene:  
 “El águila es de San Juan  
 y el Castillo el de Emaús,  
 y en la cruz puse a Jesús  
 siendo yo allí capitán”. (vv. 165-176; 245)

Estos versos hacen patente la ironía con que el anónimo autor de las *Coplas* denuncia el nombramiento y la fabricación —blason incluido— de otro nuevo grande castellano, a pesar de su infame origen (“que eres y fuiste judío”). En un alarde de invención, la sátira deja al descubierto un linaje que invierte los símbolos del cristiano viejo para denunciar una ascendencia hebrea con referencias a Emaús y, en definitiva, al rechazo de Cristo como Mesías por parte de los judíos y su responsabilidad en su crucifixión.

Más que de un aviso al rey castellano o de una admonición por su conducta, el objetivo de las *Coplas* parecía estar dirigido a justificar la caída del monarca y a preparar el terreno para una sucesión a la Corona de Castilla más afín con los intereses de la nobleza y la Iglesia. De hecho, se podría incluso decir que las *Coplas de Mingo Revulgo* anticipan ya la simbólica emasculación y caída del rey que se escenifica meses más tarde en la Farsa de Ávila,<sup>3</sup> el 5 de junio de 1465, cuando un grupo de nobles arropados por la Iglesia celebró una ceremonia en que acusaban a Enrique IV de diversos agravios. La llamada a este acto subversivo contra el monarca

<sup>3</sup> La ceremonia respondía a las luchas de poder entre los bandos nobiliarios de la Corte. El trato de favor que gozaba D. Beltrán de la Cueva y los Mendoza había desplazado del poder a Juan Pacheco, marqués de Villena, y a su hermano, Pedro Girón. Como respuesta, éstos orquestaron una alianza de nobles y grandes castellanos para proclamar rey al infante Alfonso, que entonces tenía sólo once años, en una ceremonia en que depusieron en efigie a Enrique IV. Se acusaba al monarca de mostrar simpatía por los musulmanes, de sodomita, de tener un carácter pacífico y de no ser el padre legítimo de la princesa Juana, a quien por ende negaban sus derechos sucesorios.

por parte de la nobleza se realizó mediante un manifiesto que los nobles dirigieron a todas las ciudades castellanas denunciando el favoritismo de Enrique IV por los no cristianos (judíos y musulmanes). Este texto respondía de forma contundente a la política real de crear nuevos grandes ascendiendo desde las capas ínfimas de la nobleza, en un esfuerzo de Enrique IV por disolver el poder de la aristocracia y ganarse nuevos aliados. Durante la Farsa de Ávila, el muñeco que representaba la efigie real fue desposeído de su cetro y depuesto como rey de Castilla, arrojándole luego al suelo con el grito de “¡A tierra, puto!” (del Val Valdivieso 2007, 362). De nuevo, la caída simbólica del rey responde a su asociación con conversos, pero se expresa al menos en parte a través de una alusión explícita a sus prácticas nefandas.

En las *Coplas de Mingo Revulgo* se prefigura ya en un artificio simbólico elocuente la desgracia que los nuevos favoritos —conversos y de baja extracción social— acarrearán al rey:

¿Sabes, sabes? El modorro  
allá donde anda a grillos  
búrlanle los moçalvillos  
que andan con él en el corro;  
ármanle mil guadramañas:  
unol’ saca las pestañas,  
otrol’ pela los cabellos;  
así se pierde tras ellos  
metido por las cabañas.  
Uno le quiebra el cayado,  
otro le toma el çurrón,  
otrol’ quita el çamarrón,  
y él, tras ellos desbabado (vv. 55-67; 223)

En estos versos se acusa al monarca Enrique IV de “modorro,” es decir, de ignorante ocupado en asuntos baladíes (“anda a grillos”) y del que se aprovechan los “moçalvillos” de su círculo más cercano (“que andan con él en el corro”). Éstos le engañan con mil tretas (“guadramañas”) y obtienen grandes beneficios por la debilidad (“desbabado”) que muestra el rey, quien “se pierde tras ellos / metido por las cabañas,” en una posible referencia a las famosas salidas en que el monarca encontraba la oportunidad perfecta para disfrutar de la íntima compañía no sólo de quienes más de cerca le rodeaban, sino también de “los particulares héroes anónimos hallados en el campo, cuando salía de cacería” (Bruquetas de Castro 143).

De entre sus favoritos fue sin duda el válido, don Beltrán de la Cueva, quien suscitó mayores críticas y preocupación en las coplas de la época. Se denosta su figura y su papel en la corte, tanto en las *Coplas de Mingo Revulgo* como en las *Coplas del Provincial*. En las primeras, el favorito del rey castellano es representado como un “lobo carnicero” que “dize a todos qu’ es carnero” (vv. 73-76; 224), mientras en las segundas, se le acusa de judío, de sodomita, y de tener un apetito sexual insaciable, que sin lugar a duda le habría hecho medrar en la Corte:

A ti, conde Cascorvillo [Beltrán de la Cueva, conde de Ledesma]  
renegador en cuaresma,  
que te dieron Ledesma  
por labrar en Val Hondillo,  
es pública voz y fama

que odiste personas tres:  
 a tu amo y a tu ama [Enrique IV y la reina Juana]  
 y a la hija del marqués. [su esposa, Mencía de Mendoza, hija del marqués de Santillana]  
 (vv. 33-40; 239)

Lo peor, sin embargo, no es el ataque descarnado contra el favorito real, sino las serias acusaciones vertidas contra Enrique IV y divulgadas en estas coplas, que le caracterizaban como rey frívolo, políticamente incompetente y cuya debilidad le había convertido en mero títere a mano de consejeros como el propio Beltrán de la Cueva.

En segundo lugar, la falta de empeño militar del rey castellano en su guerra contra el reino árabe de Granada y su infame “maurofilia,” que le llevó a vestir, comer y cabalgar a la usanza árabe, alimentaron la semilla del descontento entre todos los estamentos del reino, para quienes era “manifiesta esta disposición torcida y nefasta del rey” (*Gesta Hispaniensia* 176). No podemos olvidar que Enrique IV sube al trono un año después de que los turcos otomanos tomaran Constantinopla. Como respuesta, el Papa Calixto III llama a una cruzada internacional, de la que Castilla queda eximida al determinar el pontífice que la campaña castellana contra Granada servía como una cruzada paralela contra la amenaza del Islam. Sin embargo, desde el inicio se hizo bien patente la tibieza del monarca castellano en su guerra contra el reino nazarí,<sup>4</sup> criticada por muchos nobles castellanos que ansiaban un ataque y saqueo de Granada, pues tenían la certeza de que esta empresa les proporcionaría riquezas y tierras suficientes para ellos y sus vástagos más jóvenes. El descontento era tal que en 1456 se llegó a hablar “sobre cierto acuerdo secreto entre el monarca y los caudillos moros [que impedía la destrucción del reino granadino], rumor al que daba pábulo la afición del rey a las costumbres musulmanas” (Sánchez Prieto 72).

Lo que más espinas levantó fue, sin duda alguna, la guardia personal formada por más de 300 caballeros musulmanes de Enrique IV, los Elches, cuya conversión no era requisito necesario ni obligatorio para pertenecer a la casa y corte del rey de Castilla.<sup>5</sup> En realidad, esta guardia morisca no fue específica del reinado de Enrique IV, pues ya su padre contaba con caballeros musulmanes para su guardia personal. En un contexto de relaciones cristiano-musulmanas, la historiadora Ana Echevarría Arsuaga explica que la existencia de esta guardia morisca mantiene una estrecha relación con la de las guardias cristianas —que se remontan a los tiempos del califato— en los reinos árabes no sólo de la Península sino también del Magreb (“Los Elches”). De hecho, eran comunes las alianzas que algunos caballeros cristianos —como el propio don Juan Manuel— establecieron con el reino de Granada en detrimento del de Castilla, favoreciendo así un intercambio cultural entre el mundo árabe y el cristiano que ha

<sup>4</sup> Palencia recoge el descontento por “esta vileza del rey, ya culpado de la infamia de no haber hecho ni tener intención de hacer guerra a los moros, sino más bien a sus naturales, a la moral y a las leyes de sus antepasados. [...] Le era tan imposible disimular la pesadumbre que lo atormentaba cuando veía arrasarse las huertas de los moros, que mandaba cortar las orejas al que destruía un sólo árbol, despreciando las murmuraciones de la multitud y la justísima rebelión de los soldados ante ultraje tan grande; no era extraño, pues, que juzgase merecedores de pena capital a los que no buscaban la destrucción de los árboles, sino la muerte o el exterminio de sus poseedores moros” (*Gesta Hispaniensia* 176).

<sup>5</sup> Según Ana Echevarría Arsuaga, “las palabras ‘elche’ y musulmán son dos términos complementarios, y aparecen asociados tanto en la poesía de cancioneros del XV como en la crónica, por ejemplo en la *Crónica del Halconero*, o en la *Crónica de Juan II*, donde [el término “elche”] ya ha pasado a significar ‘renegado cristiano’ o ‘hijo o descendiente de un renegado cristiano’” (“Los Elches”). Es interesante señalar que esta misma autora, en su libro *Knights on the Frontier*, refiere al privilegio que estos Elches recibieron del rey Fernando tras la caída del reino Nazarí, garantizándoles que podrían seguir practicando su religión islámica (146).

quedado plasmado en abundantes testimonios historiográficos de los siglos XIV y XV (García-Valdecasas y Beltrán Llavador 117).<sup>6</sup>

No obstante, en el caso particular de los Elches de Enrique IV el historiador William Phillips ha señalado cómo esta guardia morisca fue usada en contra del monarca castellano “as part of an indictment of Enrique as a lax Christian and as one secretly inclined to Islam” (87). Esta observación viene a confirmar la intención de una campaña propagandística contra el rey a que responden textos como la *Crónica de Enrique IV* y *Gesta Hispaniensis* de Alfonso de Palencia o las *Coplas de Mingo Revulgo* y *Coplas del Provincial*. De hecho, el escándalo se extendió más allá de las fronteras del reino castellano y de la península, como evidencian los abundantes testimonios de embajadores y visitantes extranjeros en la corte de Castilla, que condenaron explícitamente la maurofilia del rey, atacando muy particularmente a los Elches. Si bien el embajador francés Phillipe des Commynes y el checo Leo of Rozmítal tuvieron una impresión desfavorable de la guardia real, compuesta por soldados descendientes de bereberes africanos, no fue menos la que les causó el modo de vestir y costumbres del monarca. William Phillips recoge la narrativa de Gabriel Tetzl sobre las impresiones del encuentro de Rozmítal con Enrique IV en Olmedo:

The inhabitants are for the most part heathens. The old King has many at his court and has driven out many Christians and given their land to the heathen. Also he eats and drinks and is clothed in the heathen manner and is an enemy of Christians. He has committed a great crime and follows unchristian ways. (88)

La indumentaria del rey y el problema que su apariencia representaba para muchos nacionales y extranjeros tiene que ver con una cuestión suntuaria que en la España medieval establecía marcadas diferencias étnico-religiosas, además de las sociales, económicas y funcionales (Martínez 343). Si bien es verdad que en la segunda mitad del siglo XV se configura una moda original y de gran influencia musulmana que María Martínez explica “debido al permanente contacto que los territorios de la Corona y sus centros comerciales mantuvieron desde el siglo XIII con el reino nazarí de Granada y las rutas orientales,” también es verdad que esta misma influencia suntuaria fue vista como transgresora por los moralistas y, como tal, atacada duramente (346).

Para el cronista castellano Alfonso de Palencia, el problema parecía radicar en el contagio de las costumbres musulmanas por parte de Enrique IV, pues “entre otros muchos, había el Rey contraído arraigados hábitos de voluptuosidad en su trato con los moros, a cuyas costumbres, traje, sistema completo de vida y hasta a la misma secta religiosa se mostraba tan aficionado, que a todo lo anteponía” (*Crónica* I, 69). Si bien es verdad que Palencia no es aquí del todo explícito cuando se refiere a los “arraigados hábitos de voluptuosidad” en la persona real, no debemos olvidar la conexión que se establecía en la época —y a la que nos hemos referido antes— entre los no-cristianos y una sexualidad irregular, nefanda, que el cronista castellano sitúa intencionadamente en contacto directo con el monarca. En otro momento de su *Crónica de*

<sup>6</sup> Ambos autores documentan la maurofilia en la literatura cronística de los siglos XIV y XV. Me resulta especialmente relevante su estudio de la crónica de *Los Hechos del Condestable don Miguel Lucas de Iranzo*, que — recordemos — aparece denostado ya al inicio de las *Coplas del Provincial* (vv. 16-24, 238) por su origen judío y por ser uno de los nuevos encumbrados del monarca Enrique IV. Según García-Valdecasas y Beltrán Llavador, este testimonio historiográfico que cubre el periodo de 1458 a 1471 es “uno de los que mejor reflejan las relaciones caballerescas entre moros y cristianos” en la vida de frontera (119).

*Enrique IV*, el cronista menciona que “los moros de la guardia del Rey corrompían torpísimamente mancebos y doncellas” (I, 106). Es decir, Palencia se refiere primero al peligro de infección que hay en el “trato del rey con los moros” (recordemos que el cronista usa el verbo “contraer” en su acepción más negativa de adquirir vicios y/o enfermedades), para denunciar páginas más tarde el peligro al que estaba expuesto el rey por su contacto directo y permanente con una guardia personal que “corrompía” a mancebos y doncellas. Así, este discurso de la *Crónica* se apoya en la idea de contagio con el Otro no-cristiano como foco de infección que se propaga desde la minoría racializada y que supone una amenaza para la mayoría “normal.” En la misma línea, el *Alborayque* precisaba que en esta cadena de contagio la sodomía pasa de los judíos a los moros y de éstos a los malos cristianos, y ponía como ejemplo a Diego Arias, “el qual fue principio e causa de la perdición que será fecha en España” (94-95). Como ha señalado David Sibley, “the fear of infection leads to the erection of barricades to resist the spread of diseased, polluted others” (25). No es accidental, pues, el uso que da Alfonso de Palencia al verbo “corromper” no sólo para significar la seducción y violación del inocente, sino asimismo en su acepción de ‘viciar,’ ‘depravar’ o ‘pervertir a alguien’ (*Autoridades* I, 621). En este sentido, se aplica al efecto que los gustos y costumbres de los moros debían tener sobre los mancebos y doncellas de la corte, y más aún —debemos entender— sobre un rey que tanta admiración sentía por lo árabe.

En su estudio de la enfermedad como metáfora, la teórica Susan Sontag señala que la imagen de la enfermedad se usa para expresar la preocupación por mantener el orden social en el seno de una sociedad represiva. Sontag añade que las enfermedades se han usado siempre como metáforas para dar fuerza a las acusaciones de que una sociedad era corrupta o injusta, e indica que “for purposes of invective, diseases are of only two types: the painful but curable, and the possibly fatal” (72). Y ésta es probablemente la lógica que finalmente culminó en el destronamiento del rey, extirpando así el mal que Enrique IV estaba causando al reino. Ese mal inherente a los Otros no-cristianos se estaba propagando por la sociedad y afectando a la misma cabeza del reino, en la persona del rey, obligando a los nobles a apartarlo del poder.

La sociedad medieval cristiana achaca la corrupción moral a los Otros no-cristianos y necesita castigar al que los defiende o se asocia con ellos. Por supuesto, en el caso de la Europa medieval se apunta hacia las minorías religiosas como responsables de esa infección, pues como explica Justin K. Stearns “contagion was used to refer to the dangers of contact with religious minorities, specifically Muslims and Jews living under Christian rule” (38-39). En las sociedades cristianas, y en particular en la península ibérica, se busca una cabeza de turco a quien culpar de la plaga que se extiende por el cuerpo social. De hecho, entre 1347 y 1348, años en que la peste asola varios países europeos, se suceden masacres sin precedentes de judíos a lo largo de toda Europa (Sontag 71).

Hasta ahora hemos analizado detalladamente la caracterización negativa de la figura de Enrique IV a través de su asociación, primero, a consejeros conversos y sodomitas, y en segundo lugar por su gusto por costumbres y vestimentas musulmanas que se extiende como una infección o plaga moral que asola la Corona. Esta super-imposición de un discurso devastador contra la legitimidad y solvencia del monarca como cabeza de estado ofrece un retrato literario e historiográfico que ofusca deliberadamente la figura y legado históricos del rey. Esta manipulación discursiva del reinado de Enrique IV se resalta todavía más cuando la contrastamos con el retrato que se hace de la hermanastra de Enrique IV y sucesora, Isabel la Católica.



La futura reina encarnaba para la nobleza castellana todo lo que no era su hermano y se la presentaba como “the virile restorer of order and light to a nation weakened by the dark chaos of Enrique’s effeminacy” (Weissberger 1999, 297). En su estudio sobre el discurso de la feminización en la crónica de Alfonso de Palencia, Barbara Weissberger subraya la importancia que tuvieron las crónicas (no sólo la de Palencia, sino también las de Hernando del Pulgar, Diego de Valera, y Juan de Flores, entre otras) como documentos transmisores de valores conservadores que Enrique, según sus detractores, había traicionado. Isabel y Fernando utilizaron las crónicas en beneficio propio para la propagación de valores patriarcales asociados con la unidad, homogeneidad y centralismo esenciales para la construcción de la nueva nación (1999, 303). Irónicamente, y ahondando en la idea de inversión sexual que se utilizó en contra del propio Enrique IV, a la femineidad del rey se le contraponen la virilidad de que las crónicas dotaron a su sucesora. El mismo Palencia recoge en su *Crónica de Enrique IV* cómo en el desfile de coronación de Isabel por las calles de Segovia, la reina intencionalmente exhibió símbolos fálicos asociados con la autoridad real, tales como la espada desenvainada en alto que la precedía en la comitiva real y que muchos vieron como algo inapropiado para una reina: “No faltaron algunos sujetos bien intencionados que murmurasen de lo insólito del hecho, pareciéndoles necio alarde en la mujer aquella ostentación de los atributos del marido” (II, 155).<sup>7</sup> En la corte idealizada de las *Crónicas* y de las *Coplas* y otros panfletos de la época, Enrique IV representa la femineidad sodomita y corruptora de una plaga moral que se extiende mediante las minorías religiosas tan afines al monarca. Por contra, Isabel ocupa una posición central en la construcción de una nación-estado patriarcal que hace gravitar el concepto de nación en torno a la masculinidad y pureza religiosa de la figura de la futura reina.

Julio Puyol y Jaime Vicens Vives han presentado sobrada evidencia de la manipulación y falsificación de documentos por orden de la reina católica con la intención de “legitimate *a posteriori* her assumption to the throne” (Weissberger 1999, 299). En la consecución de esta empresa en pro de la reina católica, algunos cronistas y autores aprovecharon para magnificar su propio papel en la restauración del orden social y religioso que Enrique IV había invertido. En particular, uno de los cronistas más significativos de la época, Alfonso de Palencia, utilizó la oportunidad de servir también a su propia causa, autorrepresentándose en su *Gesta Hispaniensia* como “el elegido de entre los varones amantes de la justicia y de la probidad para proseguir la defensa más viril del catolicismo” amenazado por el rey Enrique, al que el cronista se refiere en esas mismas líneas como “adversario de la honradez y enemigo manifiesto de la religión cristiana” (292). Al situar su misión historiográfica en un espacio tanto de manipulación como de auto-promoción, Palencia confirma que el ataque discursivo contra Enrique IV fue tan masivo como intencional.<sup>8</sup> Los intereses de la nobleza castellana, expresados a través de la voz de

<sup>7</sup> En su libro *Isabel Rules: Constructing Queenship, Wielding Power*, Barbara Weissberger lleva a cabo un magistral análisis de las estrategias adoptadas por los escritores del siglo XV para negociar las ansiedades que despierta la tensión entre el género de Isabel y su poder patriarcal, su representación de acuerdo al papel y al comportamiento propio de una mujer de su época y la construcción de una identidad masculina “in the forging of a European, Christian, masculine identity for the emerging nation of Spain” (188).

<sup>8</sup> Si bien, recientemente, María Isabel del Val Valdivieso ha subrayado “la autonomía de pensamiento y escritura” de la obra historiográfica de Alfonso de Palencia sobre la sociedad y política de su tiempo (2013, 32), es significativo que la misma autora destaque el “desprecio” que despiertan en Palencia los conversos que “han ascendido socialmente desafiando así lo que él entiende como el buen orden social” en la Castilla del siglo XV (2013, 38). Se hace obvio, desde mi punto de vista, el posicionamiento de Palencia del lado de la nobleza castellana y de su causa: primero, con su apoyo al príncipe Alfonso; y luego, tras la muerte de éste, a Isabel, en detrimento del rey Enrique IV. Conviene recordar que a pesar de ostentar el cargo de cronista real de Enrique IV desde 1456, Palencia apoyó la causa del príncipe Alfonso en 1468. También tomó parte en las negociaciones del matrimonio de Isabel con

cronistas y autores y materializados en torno a la figura política de la futura reina, se articulan en un discurso que se superpone al rey castellano con devastadoras consecuencias. Desde nuestra época, es imposible analizar el legado histórico de Enrique IV sin penetrar en la maraña discursiva que sus detractores tejieron en torno a su actuación como cabeza del reino.

Esta campaña deslegitima al rey como figura masculina y como abanderado de la cruzada católica con un doble propósito. Por un lado, se creó un clima de descontento social por la incompetencia de un rey afeminado, ajeno al prototipo medieval de guerrero cristiano y, por ende, desleal a Castilla. Por otro, se perseguía deslegitimar a la princesa Juana como sucesora al trono de Enrique IV, atribuyendo su paternidad a Beltrán de la Cueva, supuesto amante del rey y de la reina. Se allanaba así el camino para la sucesión “natural” de Isabel a la corona castellana, gracias al papel que desempeñaron las *Coplas* y *Crónicas* como panfletos literarios e “históricos” que justificaban la misión restauradora de la monarquía en la persona de la reina Católica. Se castigaba, a la vez, a Enrique IV por “invertir” la jerarquía de clases en la corte y también por amenazar la imagen viril del monarca como guerrero cristiano.

Por sus amistades peligrosas con conversos y musulmanes, asociados con frecuencia a la sodomía, Enrique IV es acusado por sus detractores de desentenderse de la lucha contra el Otro no-cristiano iniciada en la Reconquista. En contraste a su hermanastra, abanderada de los valores tradicionales cristianos y patriarcales, el rey castellano adopta unas costumbres y estilo de vida que para los estamentos conservadores del siglo XV suponían una plaga que debía ser contenida. Contra el contagio de los gustos del rey por ese Otro-no cristiano, los cronistas y autores literarios de su Corte recetan el tradicionalismo viril de la que iba a convertirse en Isabel la Católica. Para finales del siglo XV, las amistades peligrosas del rey constituían una infección moral inaceptable para el cuerpo social, moral y político del que se convertiría más tarde en el reino unificado de España y el bastión católico de occidente. Y el antídoto a esta plaga se administra mediante una manipulación discursiva que abarca desde las crónicas oficialistas y cortesanas a los poemas satíricos destinados al pueblo llano. Víctima de este ataque discursivo, el puesto del rey tanto en la corte de su época como en la historia no puede dissociarse ya de una representación literaria interesada.

---

Fernando de Aragón y desempeñó un papel decisivo al conseguir allanar el camino para dichas nupcias. A la subida de Isabel al trono, Palencia pasó a convertirse en cronista oficial de la nueva reina, aunque años más tarde fue sustituido por Hernando del Pulgar como cronista de sus majestades.

**Obras Citadas**

- Arié, Rachel. *España Musulmana (Siglos VIII-XV)*. Barcelona: Labor, 1984.
- Berco, Cristian. *Sexual Hierarchies, Public Status. Men, Sodomy, and Society in Spain's Golden Age*. Toronto/Buffalo/London: U. of Toronto Press, 2007.
- Bruquetas de Castro, Fernando. *Reyes que amaron como reinas. De Julio César al Duque de Windsor*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2002.
- Carpenter, Dwayne E. ed. *Alborayque*. Mérida: Editora Regional de Extremadura, 2005.
- Coplas del Provincial*. En Julio Rodríguez Puértolas ed. *Poesía Crítica y Satírica del Siglo XV*. Madrid: Castalia, 1981. 233-262.
- De Mendoza, Fray Íñigo. *Coplas de Mingo Revulgo*. En Julio Rodríguez Puértolas ed. *Poesía Crítica y Satírica del Siglo XV*. Madrid: Castalia, 1981. 217-232.
- Del Val Valdivieso, María Isabel. "La Farsa de Ávila' en las crónicas de la época." En Gregorio del Ser Quijano & Iñaki Martín Viso eds. *Espacios de poder y formas sociales en la Edad Media. Estudios dedicados a Ángel Barrios*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2007. 355-367.
- . "Los conversos en la obra historiográfica de Alonso de Palencia." *eHumanista / Conversos* 1 (2013): 32-46.
- Diccionario de Autoridades*. Madrid: Editorial Gredos, 1990. 3 vols.
- Echevarría Arsuaga, Ana. "Los Elches en la guardia de Juan II y Enrique IV de Castilla." (1995) <http://www2.uned.es/temple/elches.htm>
- . *Knights on the Frontier. The Moorish Guard of the Kings of Castile (1410-1467)*. Leiden/Boston: Brill, 2009.
- Eisenberg, Daniel. "El buen amor heterosexual de Juan Ruiz." (1998) [http://users.ipfw.edu/jehle/deisenbe/Other\\_Hispanic\\_Topics/El\\_buen\\_amor\\_heterosexual\\_de\\_Juan\\_Ruiz.htm](http://users.ipfw.edu/jehle/deisenbe/Other_Hispanic_Topics/El_buen_amor_heterosexual_de_Juan_Ruiz.htm)
- García-Valdecasas, Amelia y Rafael Beltrán Llavador. "La maurofilia como ideal caballeresco en la literatura cronística del XIV y XV." *Epos: Revista de Filología* 5 (1989): 115-140.
- Gerli, E. Michael. "Iranzo, Miguel Lucas de." En E. Michael Gerli & Samuel G. Armistead eds. *Medieval Iberia. An Encyclopedia*. London/New York: Routledge UP, 2003. 430.
- Ladero Quesada, Miguel Ángel. "1462: Un año en la vida de Enrique IV, rey de Castilla." *En la España Medieval* 14 (1991): 237-274.
- Martín, José Luis. *Enrique IV de Castilla: Rey de Navarra, Príncipe de Cataluña*. Hondarribia: Nerea, 2003.
- Martínez, María. "La creación de una moda propia en la España de los Reyes Católicos." *Aragón en la Edad Media* 19 (2006): 343-380.
- Palencia, Alfonso de. *Crónica de Enrique IV*. Tr. Antonio Paz y Melia. Madrid: Atlas, 1973. 3 vols.
- . *Gesta Hispaniensia Ex Annalibus Suorum Dierum Collecta*. Brian Tate & Jeremy Lawrence eds. Madrid: Real Academia de la Historia, 1998. 2 vols.
- Pérez, Joseph. *Los judíos en España*. Madrid: Marcial Pons, Ediciones de Historia, 2005.
- Phillips, William D. *Enrique IV and the Crisis of Fifteenth-Century Castile, 1425-1480*. Cambridge, Mass: Mediaeval Academy of America, 1978.
- Sánchez Prieto, Ana Belén. *Enrique IV, El impotente*. Madrid: Alderabán, 1999.
- Sibley, David. *Geographies of Exclusion: Society and Difference in the West*. London/New York: Routledge, 2003.

- Sontag, Susan. *Illness as Metaphor*. New York: Farrar, Straus and Giroux, 1978.
- Stearns, Justin K. *Infectious Ideas: Contagion in Premodern Islam and Christian Thought in the Western Mediterranean*. Baltimore: John Hopkins UP, 2011.
- Weissberger, Barbara F. "‘A tierra, puto!’ Alfonso de Palencia’s Discourse of Effeminacy." En Josiah Blackmore & Gregory S. Hutcheson eds. *Queer Iberia. Sexualities, Cultures, and Crossings from the Middle Ages to the Renaissance*. Durham/London: Duke UP, 1999. 291-324.
- . *Isabel Rules: Constructing Queenship, Wielding Power*. Minneapolis/London: U of Minnesota Press, 2004.